

SALUD: LA DESESPERANZA APRENDIDA



Por Rubén Torres

Una extraña resignación se ha instalado entre los ciudadanos respecto de la calidad de los servicios públicos, como la educación y la salud. El fenómeno, no es nuevo y se agrava. Por un lado, el ciudadano que puede se repliega cada vez más en el ámbito privado y se desentiende del público, que de todos modos financia con el pago de impuestos. Por otro, los funcionarios encargados de imponer, recaudar y administrar esos impuestos parecen admitir tácitamente que los sistemas que ellos mismos diseñan y administran no son del todo buenos, porque también ellos eligen para sí y sus familias los servicios privados. En el medio, los que no tienen opción quedan rehenes de un Estado mediocre que los atiende como si fuera un acto de caridad y no el agente de cohesión y desarrollo que debería ser. Las recorridas periodísticas suelen mostrar el estado deplorable de instalaciones en centros de salud pública en todo el país, donde el personal hace lo que puede. A su vez el crecimiento sostenido de la matrícula privada en detrimento de la escuela pública convive con las imágenes de escuelas de los conurbanos de todo el país carentes de protección y de infraestructura adecuadas donde, también, maestros y no docentes hacen lo que pueden.

No estaría mal que los funcionarios políticos de todo el país, desde la presidencia de la Nación hasta los concejales, pasando por gobernadores, ministros, intendentes y secretarios, se vieran obligados por ley a usar las escuelas y los hospitales públicos de sus propias jurisdicciones, para ellos y para sus hijos, durante el tiempo que permanezcan en el cargo, ya que si esos servicios están como están es, en buena medi-

da, consecuencia de las acciones y omisiones de los actuales y pasados funcionarios; gente que se ha habituado a decidir sobre la cosa pública sabiendo que no se verá afectada de manera directa por sus decisiones.

Retirarse por completo del espacio público no parece una actitud sensata. Se puede vivir en un barrio cerrado, educar a los chicos en casa, atenderse en la medicina prepaga, trasladarse en auto blindado y contratar seguridad privada, pero tarde o temprano habrá que salir al lugar común habitado por nuestros semejantes, y allí, nos irá mejor o peor, según el azar, y lo que hemos sido capaces de hacer por los otros y con los otros. El psicólogo Martin Seligman acuñó el término “desesperanza aprendida” refiriéndose a un estado en que la persona se siente indefensa, cree no tener control sobre la situación y piensa que cualquier cosa que haga será inútil. Como resultado, la persona permanece pasiva ante acontecimientos dolorosos, incluso cuando dispone de la posibilidad real de cambiar esas cosas.

Cuando en la nueva idea de la política, la imagen, el marketing y las encuestas son más relevantes que las ideas; la salud no parece ser una prioridad para la sociedad argentina, aunque esto no se compadece con las demandas crecientes de más y mejores servicios. A su vez, el sistema oficial que monitorea condición de vida y socioeconómica muestra un país que no es, en base al cual se diagnostican y agendan las políticas públicas, y la recuperación económica y el auge consumista, intentan desplazar de la visión y el debate públicos las evidencias de una sociedad con distribución inequitativa del progreso social. Los servicios públicos mostraron poca sensibilidad a la mejora macroeconómica;



no se advierten progresos sustantivos en el acceso a servicios de salud de calidad, para los sectores más vulnerables, y se cristalizaron brechas en su inequitativa distribución. El Estado es capaz de generar importantes niveles de consumo y prestar nuevos servicios, pero no de asegurar su llegada a todos. La búsqueda alternativa de salud y escuela privada, es preocupante pues refuerza la idea de una escuela y hospital públicos para pobres, y ese mensaje peligroso, cuestiona la solidaridad esencial para edificar un sistema integrado de salud. La tendencia a privatizar la responsabilidad por la atención de salud desdibuja la noción de derecho, cuestiona la integración social y evidencia la ausencia de una política de salud que establezca dirección y articulación entre sectores. Cuando la salud se reduce a bien comercializable, el Estado es ineludible en la definición de los niveles socialmente aceptables de su mercantilización. Los avances legislativos están muy lejos de resolver el problema, mucho menos la cobertura universal de la población, y avanzan en sentido contrario, cuando

El psicólogo Martin Seligman acuñó el término “desesperanza aprendida” refiriéndose a un estado en que la persona se siente indefensa, cree no tener control sobre la situación y piensa que cualquier cosa que haga será inútil. Como resultado, la persona permanece pasiva ante acontecimientos dolorosos, incluso cuando dispone de la posibilidad real de cambiar esas cosas.

se preocupan de garantizar condiciones de acceso, calidad y respeto de derechos al 50% de la sociedad de mayores ingresos y cobertura mientras exceptúan al Estado de garantizarlas para los más desprotegidos (el PMO sólo garantiza servicios para quienes tienen obras sociales y medicina prepaga, pero no para los que tienen cobertura del sistema público) para quienes la accesibilidad sigue siendo una cuestión incierta y dificultosa. La salud es un bien social que no tiene la condición de consumo de los privados, y que una porción de nuestra sociedad lo interprete como objeto de consumo, no hace más que profundizar las diferencias de acceso y calidad que existen, en detrimento de los más pobres, que no tienen cultural y efectivamente; “voz” para reclamar. Así, los pobres, tienden a desaparecer de la visión pública, permanecen pasivos y aprendieron en salas de espera, colas incómodas y demoras interminables a esperar con impotencia que les acerquen un alivio, que frecuentemente se traduce en una asistencia magra (“la desesperanza aprendida”?). Hay así, varias “saludes”: una para quienes pueden pagarla (en la medicina prepaga) y reclaman como consumidores indiferentes, otra para quienes con aporte de su trabajo están al resguardo de una siempre segura (aunque todavía deudora en gestión) obra social, y otra para pobres, sometidos a esperas demasiado largas, resignados, desafortunados; que sin dinero, influencia o contactos son obligados a soportar todo tipo de pequeñas indignidades; que han abandonado la esperanza, piensan que cualquier cosa que puedan hacer será inútil y han desaparecido de las encuestas.. 